



Ana Navarro es enfermera, tiene 23 años y toda su experiencia laboral la ha vivido en tiempos de coronavirus. En la imagen, colocándose las protecciones el pasado jueves. Javier Escribiche

Un día en la planta Covid

Así se trabaja en la zona del Hospital de Teruel donde solo hay ingresados con coronavirus



Silvia Carrasco
Supervisora de Enfermería

En la planta hacemos un trabajo en equipo y en ese equipo estamos todos, desde el médico hasta la limpiadora



Carmen Civera
Celadora

Suben de Urgencias conmocionados, saben que su ingreso puede desencadenar en fallecimiento y eso les asusta



Cherpentier Fonseca
Médico internista

En esta ola de coronavirus hay pacientes jóvenes, de 20 años y con patologías graves



Isabel Mazón
TCAE

He pasado el virus y he estado ingresada en la misma planta en la que trabajo y sé que se pasa muy mal



Ana Navarro
Enfermera

Si la gente conociera cómo es un día cualquiera aquí se mentalizaría de lo que es realmente la pandemia





El trasiego en la Planta 3 del hospital Obispo Polanco de la capital turolense es continuo durante toda la mañana; todas las habitaciones están ocupadas por enfermos de coronavirus. Javier Escriche

Planta 3. El lugar donde el coronavirus deja de ser una cifra

El equipo que atiende a los pacientes Covid en el Hospital Obispo Polanco explica su día a día

M. Cruz Aguilar
Teruel

Hospital Obispo Polanco de Teruel. Planta 3. 8:20 de la mañana. La enfermera Pilar Roy empieza a ponerse el equipo de protección individual (EPI) para entrar a las habitaciones de los pacientes a cumplir con su rutina: comprobación de la tensión, reparto de la medicación y supervisión del estado general. Nada diferente de lo que hace cualquier enfermera en cualquier hospital del mundo. Lo especial es que ella, como el resto de los sanitarios que tratan con pacientes Covid, lo hace con una bata de un material especial sobre el uniforme que, aunque no pesa, está plastificada y le da el mismo calor que una manta; sobre esa prenda se coloca otra desechable; dos mascarillas y una pantalla, además de un gorro en la cabeza. Todo su cuerpo está cubierto y en sus manos hay tres guantes pero, al igual que sus compañeras, ya es capaz de detectar, bajo todos ellos, incluso las venas *malas* de los pacientes, que en la jerga sanitaria se refiere a aquellas que no se ven. Mientras Pilar pincha, el paciente sigue todo el proceso de la extracción con atención, sin perder detalle, tal vez sea el único contacto humano que tendrá en todo el día.

El trasiego en el pasillo, sembrado de cajas y recipientes para echar los EPIs de usar y tirar y de carros con gel desinfectante, es constante. Ese día Teruel marca un nuevo récord de contagios y de fallecidos, pero allí nadie los



Silvia Carrasco, supervisora de la Planta Covid del Obispo Polanco, junto al control de Enfermería. J. E.

nombra. Su realidad no se queda en las cifras, sus muertos tienen nombre y apellidos. Esa mañana hay un momento donde la tensión de las idas y venidas da paso a un silencio doloroso que marca el paso de la hija de una persona que acaba de fallecer. Posiblemente pagó un alto coste por tener compañía en Navidad, pero los sanitarios no juzgan, no buscan causas, solo se desvelan porque sus pacientes estén lo mejor atendidos posible, tanto a nivel sanitario como humano, el tiempo que pasen en su planta.

Las cifras sí las tienen en cuenta los pacientes, cuyo rostro es el vivo reflejo del miedo cuando

les comunican que van a ser ingresados. "Oyen tantas cosas fuera que cuando les toca a ellos piensan que van a pasar por lo peor", explica Silvia Carrasco, que es la supervisora de planta. Carmen Civera es la celadora que se ocupa de bajar a buscarlos a Urgencias y corrobora cada una de las palabras de la enfermera: "Suben conmocionados, saben que su ingreso puede desencadenar en fallecimiento y eso les asusta", comenta.

Pero ese temor aparece en la mayoría de los casos de forma repentina, cuando les anuncian la hospitalización. Hasta que ellos también pasan a ser un número

las cifras "solo son un runrún, la gente está tan cansada de ellas que es como si no se quisieran enterar", dice la celadora.

Miedo a contagiar

Carmen Civera también tiene miedo pero no tanto a pasar la enfermedad como a contagiar a su marido y a su hijo: "Ese miedo no me lo va a quitar la vacuna", lamenta, de la que, al igual que a sus compañeras, ya le han puesto la primera dosis.

Pilar Roy dice sentir temor por la situación asistencial en general y ahora, incluso, más que antes porque "o nos quedamos en casa o esto no se va a acabar

nunca". Ella, al igual que sus compañeras apela a la responsabilidad individual. En este sentido, el médico internista Cherpentier Fonseca recuerda que el virus no se mueve solo, sino que siempre va acompañando a una persona, que es la que lo transmite a familiares y amigos. "Nadie lo pilla por casualidad, lo pilla porque está con alguien, de ir al supermercado con mascarilla no se pilla, pero sí de tomar café sin mascarilla", describe.

Silvia Carrasco asegura que no ha tenido miedo durante unos meses en los que la elevada intensidad de su trabajo le dejaba poco tiempo para pensar. Eso sí, reconoce que durante las primeras semanas hubo días en los que se despertó pensando que había tenido una pesadilla: "Dudaba si lo había soñado o era la realidad", recuerda.

A los que asocian la gravedad del coronavirus con edades avanzadas los sanitarios de la Planta 3 les dan un golpe de realidad porque la franja de edad comprendida entre los 45 y los 60 ha subido mucho entre sus pacientes e incluso tienen ingresadas a personas menores de 30.

Y, volviendo a los números, todos los trabajadores de la Planta Covid del Obispo Polanco saben que los datos, al menos los de fallecidos, seguirán siendo malos en los próximos días. Para ellos esas cifras reflejan la sonrisa, los ojos de miedo o la caricia que las personas que hay tras ese dato anónimo les brindaron en su último suspiro.



La supervisora, Silvia Carrasco (de blanco) da instrucciones a enfermeras y TCAEs en la planta 3 del Hospital Obispo Polanco de Teruel. Javier Escriche

Un trabajo en equipo donde todos reman en una dirección: sanar

El uso de EPIs modifica la labor cotidiana en la planta de Medicina Interna

M. C. A.
Teruel

El trabajo en equipo del que tanto se habla en las grandes empresas es la única forma posible de funcionar en la Planta 3 del Obispo Polanco. Cada profesional tiene sus labores asignadas, acordes a su formación, pero entre todos ellos hay dos grupos donde la diferencia no la marca el cargo o el título, sino estar "limpios" o "sucios", que son aquellos que llevan el equipo de protección porque están entrando a las habitaciones y, por tanto, no pueden tocar nada de lo que hay fuera de ellas. "Alguien limpio que me saque para la morfina de la 26", dice a medio camino entre el canto y el grito Ana Navarro. Como por arte de magia a los 3 segundos tiene en sus manos una jeringuilla que le ha preparado una compañera vestida tan solo con el uniforme blanco de enfermera.

La supervisora de Enfermería de la Planta 3, Silvia Carrasco, es muy clara con respecto a las claves para sobrevivir tantos meses en primera línea de la pandemia: "Hacemos un trabajo en equipo y en ese equipo estamos todos, desde el médico hasta la limpiadora, que es una más, pasando por la celadora, las enfermeras o las TCAE", asegura. En la Planta 3 todos saben que la labor del compañero complementa a la suya propia.

Ahora están ocupadas las 35 camas disponibles con enfermos de Covid y resultan insuficientes, por lo que también hay pacientes

en habitaciones de la 4. La carga de trabajo es muy grande y por eso tanto enfermeras como TCAE (Técnicos en Cuidados Auxiliares de Enfermería) cuentan con refuerzos, siempre que es posible y principalmente en el turno de la mañana. En este departamento también hay una celadora y una limpiadora que no se mueven de allí, como suele ocurrir con estos trabajadores. Más escasos son los médicos internistas, cuyas bajas siempre hay problemas para cubrir y por la planta Covid han pasado facultativos de diferentes especialidades cuando ha sido necesario.

También entre el resto de los profesionales ha habido momentos en los que ha escaseado el personal porque, a lo largo de la pandemia, muchos de ellos han caído enfermos, entre ellas todas las TCAE que están habitualmente en la tercera.

Varios de los enfermeros que han estado a cargo de Silvia Carrasco acababan de terminar la carrera porque la gran presión asistencial unida a las numerosas bajas ha provocado escasez de titulados desde que se inició la crisis sanitaria. Las veteranas enfermeras de la Planta Covid se han tenido que adaptar a un trabajo muy distinto al habitual, pero la supervisora señala que muchos de los recién titulados "no han conocido otra realidad" y deberán amoldarse, cuando todo esto pase, a trabajar sin la sombra del coronavirus sobre sus EPIs.

Atender a 35 personas contagiadas por coronavirus supone



La enfermera Pilar Roy, colocándose los guantes. Javier Escriche

una elevada carga laboral porque muchos de ellos, ancianos y jóvenes, son totalmente dependientes ya que pequeños esfuerzos, como levantar un vaso de agua les produce insuficiencia respiratoria. Sin embargo, el personal reconoce que es más fácil ahora que cuando tienen en la planta a positivos y posibles enfermos, puesto que eso requería más cambios aún de los equipos de protección y estar muy pendiente de la habitación a la que entraban en cada momento.

A algunas enfermeras, como Pilar Roy, el coronavirus le ha pi-

llado con 62 años, prácticamente al final de una trayectoria laboral que suma 33 primaveras y a la que, de momento, no pone fecha de finalización. Pero la gran demanda de enfermeras se ha traducido en contratos a las puertas de terminar la carrera.

Ana Navarro tiene 23 años pero cree que ya ha conocido la peor cara de una profesión que, sin embargo, no cambia por ninguna otra. Uno de sus primeros empleos fue, en pleno estallido del Covid-19, en una residencia de ancianos privada, con turnos de 11 horas en días alternos y todos los

pacientes a su cargo, porque era la única titulada. "Aprendí a sacarme las castañas del fuego, a hacerlo todo sola y a tomar las decisiones que hicieran falta, porque no había nadie más", explica. Su supervisora, Silvia Carrasco, corrobora la capacidad de resolución de la joven, que ahora está encantada con el trabajo en equipo que puede desarrollar en el Obispo Polanco. Ella ha rotado por varios servicios del hospital y apunta que el trabajo cambia mucho en la planta Covid, principalmente por la imposibilidad de moverte libremente entre las habitaciones y el resto de las zonas de la planta, como ocurre en otros departamentos.

El personal de la Planta 3 dice sentirse muy a gusto con su día a día y la camaradería se nota entre las compañeras -todas mujeres-. Algunas de ellas llevan toda la pandemia en la misma planta y hay varias que trabajan en Medicina Interna desde hace décadas.

Durante estos meses la vida de la mayor parte de los sanitarios se reduce a su trabajo y la convivencia con los más cercanos. Las medidas han ido cambiando, con momentos de mayor y menor permisividad, pero ellos, independientemente de la normativa, apenas han tenido contactos en el último año porque saben que el Covid no es una broma. "Es muy cargante ver cómo la gente empeora de golpe, lo mal que lo pasan las familias", dice Ana Navarro, quien agrega que si la gente conociera cómo es un día cualquiera de su vida se mentalizaría de lo que es realmente la pandemia. Al salir por la puerta del hospital desconecta, es la única manera de sobrellevarlo cuando sabes que quizá para el paciente con el que acabas de hablar del frío ese comentario es el último.

El coronavirus provocó una gran incertidumbre sobre las medidas a seguir, como reconocen las enfermeras de la planta de Medicina Interna interna del Obispo Polanco, que explican que, durante las primeras semanas, el protocolo cambiaba prácticamente en cada turno, a medida que iban conociendo algo más sobre una enfermedad que, más de un año después de que se detectaran los primeros casos, sigue siendo una gran desconocida. Pilar Roy apunta que se iban adaptando "sobre la marcha" y Silvia Carrasco reconoce que una de las cosas que les ha enseñado la pandemia es la capacidad de reciclaje, aunque añade que material nunca les ha llegado a faltar.

Una labor "de 10"

"¿Que qué opino de lo que hace esta gente? Pues con su trabajo es de 10, porque más no se puede puntuar, ¿no?". Consuelo lo explica mientras se pone una bata desechable para poder entrar a la habitación de su marido, Antonio, al que acompaña cada día desde que fue ingresado tras diagnosticarle que era positivo en Covid el día 5 de enero. "Lo cogimos todos, nosotros, los hijos y los nietos, los 9 de la familia, solo se salvó una nieta", explica la mujer, que confirma que se juntó con sus hijos y nietos para las navidades pero desconoce dónde estuvo el origen del contagio.

TCAE, cuando el contacto personal con el paciente de Covid no es una opción

Los enfermos de coronavirus hospitalizados suelen necesitar ayuda para realizar tareas como comer

M. C. Aguilar
Teruel

Las autoridades sanitarias advierten que estar cerca de una persona infectada que no lleva mascarilla incrementa considerablemente el riesgo de contagiarse de coronavirus. Julia, Isabel, Inma y Ana Cris lo saben, pero no por ello dejan de dar de comer cada día a los pacientes de la planta Covid del Hospital Obispo Polanco, a los que en muchos casos también les ayudan con la ducha o les asean en las propias camas porque no pueden levantarse. "Ahora ya tenemos anticuerpos", dicen las cuatro técnicas de cuidados auxiliares en enfermería entre risas, porque todas ellas se han contagiado en estos meses de coronavirus, pero mantienen intacto el sentido del humor.

No les gusta que les llamen auxiliares, reivindican que son TCAEs, pero los pacientes permanecen muchos días ingresados y acaban conociéndolas por su nombre de pila aunque solo puedan escudriñar sus ojos detrás de capas y capas de protección, y, para muchos, son los ángeles de la guarda que están cada vez que necesitan que les limpien, les acerquen el vaso de agua o les den ánimos en forma de una caricia.

Su día a día poco tiene que ver con la frialdad de las cifras que aparecen en los informativos porque sus pacientes tienen tanta fatiga que, aunque no hayan cumplido los 30, necesitan ayuda para casi todo. "Cuando suben de la UCI les tiembla la mano de coger el vaso de agua", dice Isabel Mazón. Su compañera Ana Cris Conejos va más allá y afirma que a muchos de los enfermos de Covid "no les da la mano para rascarse la nariz", un sobreesfuerzo que, en su estado, no pueden permitirse.

Ana Cris Conejos lleva 5 años como TCAE en el Hospital Obispo Polanco de Teruel e indica que la Planta 3 es una de las más laboriosas porque se trata de pacientes de avanzada edad, pero en circunstancias normales están acompañados y cuentan con la ayuda de sus familiares. Ahora ese apoyo se lo tienen que brindar ellas y es habitual que, tras haberse quitado todo el equipo de protección, después de dos horas y media con él haciendo ronda por las habitaciones, tengan que volver a ponérselo porque, por ejemplo y como ocurrió el otro día, a un paciente se le ca-



Isabel Mazón (Izq.) y Ana Cris Conejos, durante el aseo de los pacientes. J. E.



Julia Fortea (Izq.) e Inma Romero, con las bandeja del desayuno. Javier Escriche

SEIS DÍAS ATENDIDA POR SUS PROPIAS COMPAÑERAS

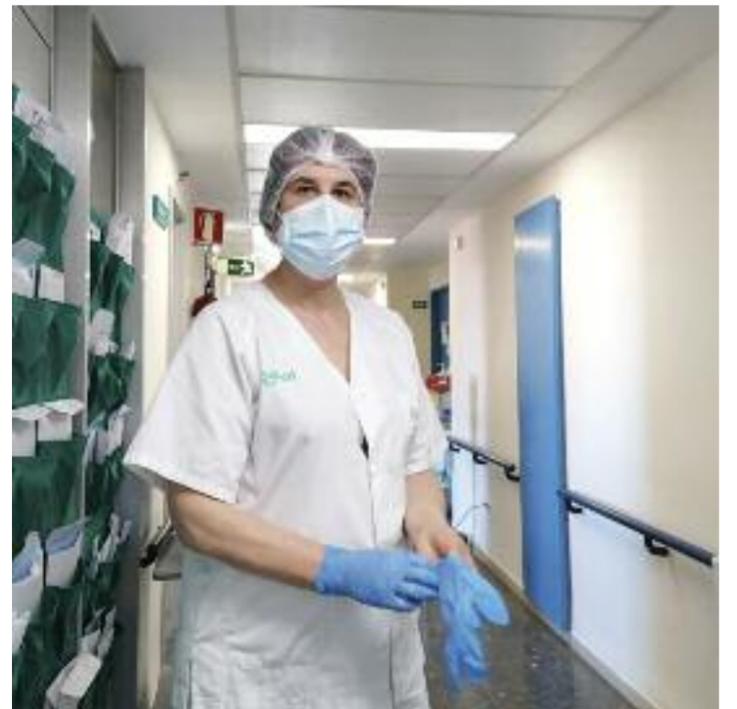
Isabel Mazón, de TCAE en la Planta 3 a ingresada por Covid

Isabel Mazón conoce la realidad del coronavirus desde múltiples puntos de vista porque, tras más de 5 meses atendiendo a pacientes de Covid, ella misma se contagió y tuvo que ocupar una de las habitaciones a las que tantas veces ha entrado para cuidar de los demás. De ella se ocuparon durante 6 días sus propias compañeras de trabajo porque no quiso que ningún familiar se pusiera en riesgo para estar con ella.

Una mañana de agosto se notó muy cansada, pero lo achacó a la gran carga de trabajo que tenían, se tomó un paracetamol y siguió con su labor, entre la que ese día hubo precisamente un traslado a UCI de una anciana que, como vaticinó

la propia mujer y corroboró la médica que atendía la planta, ya no salió con vida. "Esa misma tarde tuve fiebre y esas palabras las recordé continuamente cuando me dijeron que me ingresaban", comenta. Lo dice con los ojos encharcados, pero luego el humor vuelve a su rostro para añadir que "si te pones mala del virus no te da tiempo de ir al notario".

El coronavirus le ha dejado secuelas, ahora es diabética y dice que el pelo no ha dejado de caérsele desde que enfermó, pero también le resulta más fácil comprender a los pacientes: "Cuando los veo jodidos me lo creo y, si no quieren, no les obligo a levantarse, sé que se pasa muy mal", comenta.



Isabel Mazón, colocándose los primeros guantes de los 3 que integran el EPI

yó el móvil. "Le planteas que espere un poco, pero no puede levantarse a por él y al final tienes que cambiarte y entrar porque se pone nervioso", dice la TCAE, consciente de que ese aparato es el único contacto que tendrá el enfermo con los que están fuera de esas cuatro paredes durante mucho tiempo.

Indican que el compañerismo entre todo el equipo de la planta es muy bueno y a diario aprecian lo bien valoradas que están por los pacientes, aunque no sienten

lo mismo por parte de la Administración. Su situación fuera del trabajo no es fácil porque tienen miedo de contagiar a su entorno y alguna de ellas siente rechazo de sus amigos por temor al contacto. Y eso que, como reconoce Julia Fortea, siempre cuentan "bastante menos de lo que hay" en su puesto de trabajo.

El tiempo que habitualmente emplean con cada paciente se incrementa considerablemente con el coronavirus y no solo por el rato que necesitan para equiparse,

sino porque la mayoría de los ingresados están solos y hay que darles de comer o acompañarles al baño, algo que los pacientes no Covid hacen ayudados por sus propios familiares. Coinciden en que el momento de la comida es uno de los más difíciles porque la mayoría se muestran inapetentes, lo que ralentiza más su labor.

Camas de manivela

Las TCAE de la tercera no quieren ni oír hablar de cambio de planta. Todas ellas tienen una

gran experiencia en Medicina Interna y explican que este departamento ya era, antes del coronavirus, uno de los más trabajosos por el perfil de pacientes que trata, normalmente personas mayores con problemas respiratorios y, en gran medida, dependientes. Sin embargo, sí reclaman mejoras en los medios materiales que, en este momento, facilitarían mucho la vida de los enfermos, como sustituir las viejas camas que se articulan con manivela por las electrónicas que se mane-



Los familiares sí pueden acompañar a los enfermos

Los pacientes autónomos prefieren estar solos

M. C. A.
Teruel

Todo el personal de la Planta 3 coincide al explicar que en su planta los familiares no tienen el acceso prohibido, aunque aclaran que no está abierta a las visitas, pero sí al acompañamiento, especialmente para aquellos enfermos dependientes o que están más graves.

Ahora en esta zona hospitalaria no hay solo ancianos, como ocurrió durante la primera ola, sino que hay muchos jóvenes que prefieren estar solos. “Son autónomos y no quieren que venga nadie para evitar riesgos”, dice la supervisora de Enfermería, Silvia Carrasco, que añade que “siempre se valora el riesgo-beneficio de la entrada de los familiares.

El cambio de pacientes de una habitación a otra es habitual porque Carrasco indica que siempre buscan la mayor comodidad e intentan organizarlos por edades y situación sanitaria.

Durante estos meses de pandemia, los trabajadores de esta

planta han vivido momentos muy difíciles y, como apunta Isabel Mazón, Técnico en Cuidados Auxiliares de Enfermería, lo más duro no es enfrentarse a la muerte de un paciente, algo inherente a su trabajo, sino a la soledad en la que se encuentran muchos de los enfermos: “Sus hijos no vienen por miedo”, dice. Su compañera, Inma Romero, describe cómo una anciana se negó a comer y “se dejó morir de pena”. Añade que sus familiares le aseguraban que no podían ir a verla por el confinamiento, mientras ella “no paraba de decir que le habían abandonado”.

“Oyes a gente que lamenta que no se puede entrar, pero necesitan una justificación, porque la realidad es que aquí pueden estar y además a los acompañantes se les da la comida, la merienda y la cena para que no tengan ni que salir”, sentencia Julia Fortea. El personal sanitario aclara que no se ha registrado ningún contagio entre los acompañantes, aunque reconocen que el miedo se incrementa porque las habitaciones son

compartidas y no solo estás con tu padre, hermano o esposo, sino que en la cama de al lado tienes a alguien también enfermo de coronavirus.

La enfermera Ana Navarro explica que en numerosos casos el personal sanitario es la “compañía” que tienen esos pacientes, los únicos a los que pueden recurrir.

Esa soledad que sienten muchos de los ingresados, sobre todo los de mayor edad, se ve contrarrestada con las palabras de cariño y la alegría con la que se mueven por las habitaciones tanto las enfermeras como las técnicas en cuidados auxiliares de enfermería (TCAE). Algunos pacientes les reclaman constantemente, les piden que les den la mano como fórmula para paliar esa sensación de abandono en la que algunos están. Ana Cris Conejos recuerda que a un paciente de avanzada edad le tuvo que llenar un guante de algodón y que se sintiera acompañado tras tener que retirarle su propia mano para continuar con sus tareas.

EL PERSONAL SANITARIO INTENTA DESCONECTAR FUERA DEL TRABAJO

Carga laboral, casos que marcan e incertidumbre por llevar el virus a casa

La capacidad para desconectar es lo que le permite a los sanitarios mantener una vida normal fuera de la Planta 3. Reconocen que a veces no es fácil, porque hay casos que les marcan y el recuerdo les persigue durante todo el día, pero matizan que ahora se sobrelleva mejor que en las primeras semanas, cuando a la gran carga asistencial se sumaba la incertidumbre de si las medidas que tomaban para evitar el contagio eran las correctas.

Silvia Carrasco, supervisora de la Planta 3, reconoce que en ese sentido está más relajada porque “si tienes todo el rato las manos limpias, no hace falta que estés desinfectando continuamente todo lo que tocas”, que es algo que ella y sus compañeras hacían durante las primeras semanas.

Trabajar en la planta Covid les exige ser conscientes en todo momento de dónde están, porque aunque surja una emergencia no pueden entrar a una habitación sin antes ponerse todo el equipo de protección. La contagiosidad del virus hace que la mayor parte de las pruebas se realicen sin mover a los pacientes de la habitación, pero si es necesario su traslado, éste va acompañado de la limpieza de todos los espacios por los que transitan, como el ascensor. “Los de seguridad lo paran hasta que viene la limpiadora a desinfectarlo”, explica Silvia Carrasco, quien indica que los movimientos son los “estrictamente necesarios”, como ingreso desde Urgencias, subida a UCI o cuando se produce un fallecimiento.

La desinfección de su propio cuerpo al llegar a casa también se ha incorporado a su rutina, relata la supervisora de la Planta 3, quien explica que tiene una ropa únicamente para ir y volver del trabajo y se ducha, con pelo incluido, nada más llegar a casa. Cuando acaba, desinfecta la bañera con lejía pese a que se mueve por el pasillo y la zona del Control de Enfermería. No entra a las habitaciones, salvo que alguna compañera necesite refuerzo.

La metodología de desinfección funciona, como demuestra que Pilar Roy, enfermera que cada día trata directamente a decenas de pacientes de coronavirus, tuvo que quedarse en casa confinada porque su marido y su hijo se contagiaron, pero no a través de ella, que no llegó a infectarse.



Los celadores, moviendo una cama vacía tras el fallecimiento de un paciente

jan con un mando. “Estamos hablando de pacientes que no tienen fuerza ni para coger un vaso de agua, por lo que mucho menos pueden mover la cama”, explican las sanitarias, para añadir que, cada vez que un paciente quiere cambiar de postura y subir o bajar el respaldo de su colchón, una de ellas tiene que colocarse todas las capas de las que se compone su equipo de protección individual.

Las TCAE del Polanco dividen la pandemia en picos de trabajo.

Por un lado los inicios, en los que al trabajo sanitario tuvieron que sumar el apoyo a los pacientes para hacer videollamadas con sus familiares; agosto, cuando la planta se llenó de ancianos procedentes de las residencias, y el actual, en el que la edad media de los ingresados se ha reducido sustancialmente pero no su carga laboral, porque la mayor parte de ellos arrastran tal grado de fatiga que han perdido autonomía.

Aseguran que su profesión es muy vocacional y que la realidad

de su día a día es muy diferente a lo que aprendieron mientras se formaban. “Es como la maternidad, por mucho que te cuenten luego hay mucho más”, compara Isabel Mazón, que se tituló hace 2 años como TCAE al perder su trabajo como administrativo después de 25 años en la profesión. En el otro extremo está Julia Fortea, que lleva 20 años trabajando en Medicina Interna pero, al igual que al resto del mundo, la

pandemia le pilló desprevenida: “Esto es lo peor que he visto en esta planta. Aquí suele haber gente muy mayor, pero el hecho de que sea una enfermedad infecciosa complica mucho el trabajo”, dice.

Entran a las 8 de la mañana y comienzan a recorrer las habitaciones para la toma de temperatura, reparto de desayunos –que es lento porque a muchos se lo tienen que dar– y aseo de los 35

pacientes que hay en la planta ahora. Cuando acaban son pasadas las 12 y, tras un almuerzo rápido, tienen que ponerse ya a repartir la medicación y distribuir las comidas, eso si antes no les ha llamado un paciente porque necesitaba ayuda para algo y han tenido que cambiarse de nuevo para poder entrar a la habitación. El virus es protagonista absoluto de su jornada laboral. Fuera intentan que no lo sea.

ENTREVISTA CHERPENTIER FONSECA MÉDICO INTERNISTA EN EL HOSPITAL OBISPO POLANCO DE TERUEL

“En esta ola hay pacientes jóvenes, de 20 años, con patologías graves”

“A diario debemos tomar decisiones de vida o muerte e irnos a dormir tranquilos”

M. C. A.
Teruel

El doctor Cherpentier Fonseca es internista en la planta 3 del Hospital Obispo Polanco. Por sus manos pasan la mayor parte de los pacientes hospitalizados en Teruel por Covid-19 y sobre él recaen difíciles decisiones que, ante la gravedad de la situación, cada vez se hacen más habituales.

La Unidad de Cuidados Intensivos (UCI) es un recurso muy limitado que hay que saber gestionar teniendo en cuenta diversas variables, como la edad, las patologías previas o el estado del paciente. Las decisiones se toman teniendo en cuenta la ficha del paciente porque, como alerta el internista, hay enfermos con determinadas patologías que, una vez intubados, es difícil volver atrás.

La situación sanitaria ha hecho mella en los sanitarios y Cherpentier Fonseca reconoce que muchos de ellos están “psicológicamente destrozados” y “derrumbados por dentro” ante situaciones que se les escapan de las manos. “Todos los días tenemos que tomar decisiones de vida o muerte e irnos a dormir a nuestra casa tranquilos”, lamenta. La primera ola ya provocó un fuerte desgaste del que no han logrado recuperarse por la evolución de la pandemia.

Con una dilatada experiencia profesional, en el último año el Covid le ha enseñado al doctor Fonseca a no confiarse, “a ir antes y no esperar a que

empeore”, dice. Y es que el coronavirus es capaz de matar a una persona en pocas horas. “Se acaba de morir una paciente que entró caminando y ayer hablaba, ¿cómo le explico una cosa así a los familiares?”, cuestiona el internista.

Apunta que los primeros meses fueron muy duros ya que ahora al menos cuentan con medicamentos, como el plasma hiperinmune –que es aquel que se obtiene de donantes que tienen anticuerpos de la enfermedad– y el Remdesivir. Esa es la cara buena de llevar casi un año luchando contra la enfermedad. La mala es que la edad media de los pacientes ha bajado drásticamente en esta última ola y junto a los octogenarios hay hospitalizados “chicos de 20, de 30 y muchos de 45 a 60 años con patologías muy graves”, dice el doctor. Para Fonseca las complicaciones ya no varían en función de la edad y advierte que aún se desconocen las secuelas: “Posiblemente con 20 años no se muera, pero no sabemos la calidad de vida que le va a quedar”, dice refiriéndose a los casos más graves.

Cherpentier Fonseca culpabiliza de la situación actual a los medios y al gobierno de España porque considera que no se ha informado “verazmente” de la situación. “Nos han engañado, hemos visto filas de ataúdes de todos los países del mundo pero de España ni uno solo, como tampoco ha habido imágenes de los jóvenes de 23 que se están muriendo”, dice.



El doctor Cherpentier Fonseca es médico internista en el Hospital Obispo Polanco. Javier Escribano

“*La culpa la tienen los medios y el Estado, hemos visto ataúdes de todos los países menos de España, no nos han informado*”

Durante todo este tiempo se ha preguntado muchas veces cómo es posible que los sanitarios estén viviendo “una situación tan al límite y nadie sepa nada”.

Pero Fonseca va un paso más allá en sus planteamientos y

asegura que el problema no es tanto de medios materiales, que se pueden solucionar con dinero, sino de falta de especialistas. “Aunque hubiera 100 camas UCI en Teruel no hay personal para atenderlos, estamos pagando la mala gestión de los últimos años porque el factor humano no se puede comprar de un día para otro”, alerta.

Reconoce que sobre la enfermedad quedan, a nivel médico, grandes lagunas. Sin embargo, asegura que a nivel personal ha aprendido mucho en estos meses, sobre todo a discernir las cosas que valen realmente la pena en la vida, como compartir ratos con la familia o tomar un simple refresco en una terraza.

“*Acaba de morir una paciente que entró caminando y ayer hablaba, ¿cómo le explico una cosa así a sus familiares?*”

Cherpentier Fonseca se contagió de coronavirus y estuvo grave. Tanto que una noche se levantó de la cama, pese a que se ahogaba o precisamente por ello, para escribirle una carta de despedida a sus hijos. Por suerte no han tenido que leerla.

CADA VEZ SOMOS MÁS ¡ÚNETE A NOSOTROS!

Diario de Teruel

MÁS DE 20.000 SEGUIDORES
EN FACEBOOK
www.facebook.com/diario.deteruel

ACTUALIZACIONES INMEDIATAS
www.diariodeteruel.es

MÁS DE 11.500 SEGUIDORES
EN TWITTER
@diariodeteruel

CONTACTO DIRECTO WHATSAPP
669 978 978

